

Máximo, Rodón, Hipólito, Taciano, san Panteno, Teofilacto, Orígenes, san Victorino, san Hilario, Clemente Alejandrino, san Efrén, san Crisóstomo, san Basilio, san Gregorio Niseno, san Juan Damasceno, san Euquerio, san Ambrosio, san Agustín, san Gregorio Magno, el Ven. Beda, san Filastrio, Procopio de Gaza, Severiano, Teodoreto, Filopono, Anastasio, Teodoro, sin referir ahora los esclarecidos teólogos de los siglos medios, todos han hallado pasto espiritual y materia de contemplación en las obras de los seis días, y con esmero las proponían y explicaban á la devota consideración de los fieles. Y cierto, quien considere el encadenamiento de criaturas, como hasta ahora hemos visto, de tal manera dispuestas, que unas sirvan á otras, y los servicios de todas se encaminen á la existencia del hombre, predicará y romperá en loores á aquella suma bondad que tan regaladamente nos ha tratado. Desfallecien-

do de admiración, exclamaba san Agustín: «Vos, Señor, hicisteis todas las cosas hermosas porque sois hermoso; hermosas son ellas, pero no como vos, que sois su Criador, con quien si se comparan, ni son buenas ni hermosas.»

No contento con fabricar la atmósfera, y de sus lluvias colmar la inmensidad de los mares, y dejar la tierra seca y limpia para dar lugar á la vegetación terrestre; formados y enriquecidos estos tres elementos, aire, tierra y mar, de fuera busca el modo cómo acumular beneficios sobre el globo terráqueo, dando el principado al sol y á la luna, para que el uno con la eficacia de sus fuegos, la otra con la blandura de sus influjos, con variado artificio hagan más concertada la obra y preparen con más solicitud sustento y vivienda á los animales mayores, y de lejos habitación y regalo al hombre, blanco principal de toda su solicitud.

Confess., II.



DÍA QUINTO.

—
ERA CENOZOICA.



CAPÍTULO XXXI.

EL REINO ANIMAL.

«Dixit etiam Deus : Producant aquae reptilia animae viventis, et volatiles super terram sub firmamento caeli.»
(V. 20.)

ARTÍCULO I.

Era mesozoica.—Estado de la tierra antes del día quinto.—Tres cuestiones contenidas en las palabras de Moisés. — Primera : qué animales se mencionan. — División popular de los animales seguida por Moisés.—El *reptilia* del Génesis expresa lo mismo que el *cece grandia*, ó monstruos marinos mesozoicos. — Razón y autoridad. — ¿Por qué Moisés no expresó los peces en su enumeración zoológica?

HASTA aquí llega el período que puso fin á los terrenos primarios y abrió la puerta á los secundarios. Esta segunda edad, llamada mesozoica ó intermedia, se marca con el espectáculo de un nuevo orden de cosas, que corre hasta el remate de la tercera ó cenozoica. La vida animal crece poderosa, y medra con pujanza, constituyendo una categoría de seres especial y no vista. Esta es una verdadera época; un día del Señor, el día quinto. El postrer período, el permocarbonífero de la era paleozoica, ha servido para dar estabilidad á las condiciones requeridas por la era secundaria. Los astros ilustran ya con sus destellos los ámbitos de la creación, y alegran con sus rayos la superficie terrestre; el sol ha herido con la vehemencia de sus saetas, y derramado fecundidad en la extensión de los mares; el aire, templado el exceso de

ácido carbónico, se ha hecho más respirable; el ambiente ha perdido aquel sofocante calor, y es más suave que en la época vegetal; las plantas brindan con sazonado mantenimiento á la turba de nuevos vivientes; las aguas han granjeado particular sabor, y héchose más idóneas para la vida; la naturaleza toda, en fin, ha llegado á tal punto de vitalidad, que bien puede hacer ostentación de sus fuerzas para sustentar y entretener un orden de seres más aventajados.

En esta sazón dijo Dios : «Produzcan las aguas reptil de alma viviente, y volátil en la tierra debajo del firmamento del cielo», y lo demás que añade el sagrado escritor, con que denota el concierto que Dios quiso se guardase en la fundación del nuevo reino. Tres son las principales controversias que se ofrecen en estos tres versículos : 1.^a ¿Qué seres se mencionan? 2.^a ¿Qué origen se les atribuye? 3.^a ¿Cómo responde Moisés á las conclusiones de la ciencia?

Antes que tratemos la primera cuestión, débese considerar que los hebreos repartían en cuatro clases todos los animales, en esta forma: cuadrúpedos, que llamaban en singular *behemá*; aves, *hhof*; reptiles, *remes*; peces, *dagh*. Cuán popular y recibida fuese

esta distribución, puede verse en varios libros del antiguo Testamento, Génesis ¹, Levítico ², Deuteronomio ³, Reyes ⁴; de cuyos lugares sacamos que se distribuía el reino animal por los judíos en peces, aves, reptiles y cuadrúpedos; clasificación muy acomodada á lo que los ojos ven en los ordinarios animales. Y que fuese usada entre las naciones cultas, lo vemos en Marco Tulio, que en su libro *De Natura Deorum* dice: «De los animales, unos buscan el sustento andando, otros arrastrando, otros volando y otros nadando.» De los demás de que nuestros zoólogos hacen tanta cuenta, ninguna hacían los antiguos; ora porque los viesan tan lerdos en sus movimientos, ora porque les pareciesen de boto sentido, los contaban entre las plantas y los desterraban del reino animal, como lo notó santo Tomás ⁵. No es, pues, de maravillar que Moisés no solemnice los zoófitos, moluscos, crustáceos, equinodermos, rizópodos, radiados, en quienes apenas parece la facultad sensitiva, y sólo tenga palabras para aquellos que por su magnitud pudieran acomodarse á los acuátiles, aves, reptiles, cuadrúpedos. Especialmente que los inferiores dichos en su mayor parte se ocultaban al conocimiento de los hebreos; y si de algunos alcanzaron noticia, teníanlos en posesión de vegetales ó de seres inorgánicos. Tales eran también los microscópicos, los infusorios, los protozoos, parásitos y otros de menos cuantía.

Así, puédesse afirmar que de moluscos, crustáceos y zoófitos, ninguna ó casi ninguna memoria se halla en las Escrituras, y ninguna ciertamente en el Hexámero. «No es absurdo, dice el

¹ IX, 2.² XI, 46.³ IV, 17.⁴ III, IV, 33.⁵ I p., q. cvi., a. 6.

P. Pianciani, asegurar que calló Moisés los infinitos animalillos microscópicos que se encuentran petrificados, pues deja en silencio los minerales, como escribe santo Tomás. Y otro tanto podría decirse de los trilobites, cuya existencia era ignorada de los antiguos naturalistas, y solamente en nuestros días ha sido puesta en evidencia. Por donde, pues Moisés se proponía hacer conmemoración del reino animal en sus partes más visibles, como quien con el pueblo hablaba, era razón que, dejadas reparticiones científicas, en cuatro clases resumiese toda la muchedumbre sensitiva, á saber: acuátiles y volátiles, que pertenecen al día quinto; y mamíferos y reptiles, que son obra del día sexto.

Entrando en el punto principal de esta controversia, en primer lugar, dos suertes de animales se especifican en el vers. 20; *reptiles* y *aves*. La Vulgata, como luego se advierte, no hizo más que trasladar el *שֶׁרֵטִים* de los Setenta y escribir *reptilia*. Más signifiante sentido sugiere el original en la palabra (*שֶׁרֵטִים*) *scherets*, que suena *reptil* en general, y se dice de los acuátiles de menor calidad; y particularmente hace significación de peces en común, ó sea de animales que se crían dentro del agua, ó junto á las corrientes marinas y fluviales. Cornelio Alápide llamó *reptiles* á los peces, por cuanto carecen de pies, y como que se deslicen y arrastren barriendo las aguas con el vientre; y en la cuenta de peces mete los anfibios, que, aun teniendo patas, no las emplean para andar, sino para remar hendiendo las aguas: algunos autores modernos siguen ese parecer ¹.

Mas, ¿por qué dió Moisés preferencia sobre el vocablo *dagh* (*דָּג*) que usa más adelante ², y propiamente es *pes*, al (*שֶׁרֵטִים*) *scherets*, que es más vago é

¹ DEBOUX: *La Sainte Bible*, t. 1; *Gen.*, c. 1.² Vers. 26 y 28.

indeterminado? Es de advertir lo primero, con qué estudio distinguió el sagrado autor el *scherets* del *remes* (*רֵמֶס*) que dice literalmente *reptil* y se aplica á los terrestres, para expresar *animales de agua*, como insinuando sobre seguro que trataba de vivientes de mar ó de río, peces ó anfibios, y abrazarlos todos debajo de una denominación. Confirma esta conjetura el docto Calmet en su *Diccionario de la Biblia*, enseñando que los judíos apellidaban *reptiles* los peces de cualquiera forma y condición que fuesen. Donde parece ya cuán oscura y ambigua es la significación de *scherets*, y cuán mal supone por los *peces*, que después son llamados por Moisés *degat hayam* (*דְּגַת הַיָּם*), *peces del mar*. Con todo, se esclarecerá más el poder de esta palabra si damos luz al *tanninim* que le corresponde paralelamente en el vers. 21.

Porque, lo segundo, *tanninim* (*תַּנִּינִים*) es, según la versión de Wogues, *monstruos marinos*; para Gesenio *bellua marina*, *piscis ingens*: y lo propio suena el árabe *tannin* *تنين*, y el castellano *atún* ó *tonina*, y el italiano *tonno*, y el francés *thon*, y el inglés *tunny*, y el alemán *thunfisch*, y el latín *thunnus*, y el griego *θύνος*. Y aunque en la actualidad aplican dichas lenguas esta dición para significar un pescado particular, largo como metro y medio, que frecuente nuestro Mediterráneo y se tiene en grande estima; pero antes con la dicha voz se denominaba el cocodrilo, bestia del río Nilo, y otra suerte de lagartos mayores. Y que en la misma Escritura la palabra *tannin* se diga tanto de los terrestres como de los marinos, lo tenemos claro en el Éxodo ³; Deuteronomio ⁴, Salmos ⁵, Jeremías ⁶,

Isaías ⁷, Ezequiel ⁸, Job ⁹: siendo muy de notar que en su propiedad expresa animal largo en forma de sierpe y de patas cortas, y por esta causa llámanle los intérpretes *dragón monstruoso* ⁴. La versión de la Vulgata *cete grandia* no deroga, antes favorece á esta interpretación. Porque «por *cete grandia* no ha de entenderse una especie particular, sino toda la clase de peces de forma corpulenta y larga», dice el P. Pereira ⁵. Cayetano apuntó que muy á propósito nombraba Moisés los *cete grandia* para atajar el error de los que sacaban las bestias mayores de la jurisdicción y poder de Dios, y que, viéndolas criadas por él, quitasen las dudas y entendiesen más claramente ser Dios autor de las menores ⁶.

El Levitán del libro de Job ⁷ es dicho *cete* (*חֵרֶט*) por los Setenta; y dista infinito de ser *ballena*, como quiso el P. Pineda ⁸. Fr. Luis de León, en su Exposición del mismo libro, aunque le da renombre de dragón marino y señaladamente ballena, añade que la pintura hecha en Job no conviene á las ballenas de que tenemos noticia, sino á otros monstruos grandísimos en fortaleza y fiera. Porque si su gran mole y corpulencia y fortaleza incomparable le figuran con señales propias del ballenato; mas la armadura de sus dientes, que tanto encarece el santo Job, sin ponernos á considerar otros particulares, conviene que no puede ser ballena propiamente tal, por carecer éstas de dientes, tener flaca las mandíbulas y tan pequeños los intestinos, que sólo se incorporan moluscos,

¹ XXVII, 1.² XXIX, 3.—XXXI, 2.³ VII, 12.⁴ POOLE: *Comment. in Genes*, cap. 1.—PINEDA: *Comment. in Job*, cap. xi, 20.⁵ *Comment. in Genes*, l. 1, Die quinta.⁶ *Comment. in Genes*, cap. 1.⁷ XL, 20.⁸ *Comment. in Job*, cap. xi, vers. 20, quest. iv.⁹ Cap. xli.¹ Geseo: *Theaurus*, t. II.² VII, 10-12.³ XXXII, 33.⁴ LXXIV, 13.—XCI, 13.—CLXVIII, 7.⁵ LI, 34.

crustáceos y zoófitos'. Más justamente llena el título del *Leviatán* el lacarto enorme, el cocodrilo terrible; ni disuena su raíz *levah-thanim* (*draco copulans sibi*), monstruo acuático que vive en compañía de otros. No disimulemos otra razón en prueba de que el *cete* no es ballena, porque ésta, cosa sabida es que atañe á los terrenos terciarios. En resolución, *tanninim* significa bien *monstruos marinos*, ora sean peces, ora reptiles fluviales, ora anfibios de grandísima corpulencia, de espantable fuerza, de increíble ferocidad.

Sólo falta que declaremos cuán ajustadamente lo que suena *thanim* eso mismo suena *scherez*. No hay duda sino que los versículos 20, 21 y 22 son paralelos y se corresponden en todas sus partes. El 20 anuncia la ley, el 21 el cumplimiento de ella, el 22 el sello divino y la continuación de la obra por el transcurso de las edades. Pues el segundo hemistiquio de cada verso menciona claramente las aves; es luego natural colegir que el primero signifique los reptiles que son llamados *cete grandia*, *tanninim*, monstruos marinos. ¿Qué son los *cetáceos enormes* sino verdaderos mamíferos, de sangre caliente, de respiración pulmonar, dignos de ser puestos al lado de los hipopótamos y elefantes? Porque el criarse exclusivamente en el agua y ser por su talle exterior semejantes á los peces, y el clasificarlos entre ellos Linneo, no empece que digamos no ser verdaderos peces, que que ya Aristóteles los consideró clase aparte: y basta ponerse á mirar la estructura de su organización para juzgarlos mamíferos pisciformes, como lo son los marsuinos y delfines: y de ellos los hay de tan desmesurada grandeza, que nuestros mayores elefantes son

¹ MILNE-FWARDS: *Zoolog*, *Mammif*.

² PECHARD: *Hist. sacra*.—GLAIRE: *Les livres saints* *verges*, t. II, chap. XI.

pigmeos en su comparación. No es, pues, cierto que los *tanninim*, los *cete grandia*, los *scherez* de la Biblia representen la rama de peces cualesquiera, sino una suerte de bestias de extraña grandeza y de monstruosas figura, que se criaban en el mar ó en los esteros, ó en las riberas y playas mesozoicas.

Tampoco es nuestro ánimo inferir que forzosamente los cetáceos deban ser comprendidos en estas denominaciones; pero al menos concluimos que en el quinto día no alcanzaron vida los peces en común, pues ya de ella gozaban tiempo hacía; sino los grandes monstruos, los anfibios disformes, los corpulentos batracios, los lagartos desmesurados, los feísimos pterosauros, los descomunales quelonios: por eso el quiroterio gigantesco, el hiperodapedonte, el rincosauro, el proterosauro, el dinosauro, el terodonte, el anomodonte, el brontosauo, el megalosauro, el iguanodonte, el notosauro, el plesiosauro, el ictiosauro, el cetiosauro, y otros sin cuento, en especial de las clases de las tortugas, pertenecen á la segunda era geológica, como lo pregonan á voces los estratos en que se hallan enterrados sus esqueletos, muchos de los cuales miden dimensiones excesivas y ostentan formas en un todo parecidas á verdaderos cetáceos, tales y tan raras, que á un mismo tiempo semejan aves, peces y reptiles.

Lo tercero, es firme testimonio para comprobar esta interpretación la autoridad del doctor Pozzy. «Guardémosnos, dice, de confundir los reptiles del vers. 20 con los peces propiamente tales, como vemos que muchísimas traducciones los confunden y truecan. Tienen los hebreos un vocablo propio para denotar los peces, que es muy diferente del usado en este lugar». Si el abate Hamard, no menos compe-

³ *La terre et le récit biblique de la Création*, 1874.

tente que M. Pozzy, parece inclinarse á que los peces se contienen expresados en el vers. 20, como lo dice en una nota con que apostilló la obra del doctor Molloy¹; no será difícil componer ambos escritores con sólo notar que el abate Hamard abarca con el nombre de *peces* los animales acuáticos, reptiles y anfibios, que ni son terrestres ni peces en todo rigor: declaración que aleja las dudas, y confirma todo el discurso antecedente².

Ni puede ser dificultad contra lo dicho la clasificación de Moisés. No es ella científica ni ajustada á sistema ninguno de zoología: ni era razón que lo fuese, por cuanto el blanco del sabio legislador era comprender todos los animales en sus más nobles categorías, anunciar que toda la muchedumbre del reino animal tenía á Dios por Hacedor; y así en la obra del día quinto señaló los acuáticos y volátiles, y en el sexto los terrestres. Es muy para reparar que en este quinto día menciona los menos perfectos de entre los más nobles del reino. Esto teníalo notado ya el abad Ruperto; porque exponiendo la palabra *reptile anima viventis*, dice que se significa aquí la vida imperfecta. Santo Tomás juzgó también que «por cuanto los acuáticos tienen vida más imperfecta que los terrestres, son llamados *reptile anima viventis*; pero los otros, *animam viventem*». De consiguiente, enseñan estos doctos intérpretes que los acuáticos fueron antes que las aves, porque Dios, en el producir los animales, procedió del imperfecto á lo perfecto⁴.

Por esta causa Moisés no celebra la creación de los peces en particular, como tampoco menciona los insectos, gusanos, sabandijas y otras alimañas de baja esfera; pero el no nombrarlos

no es excluirlos, antes puede ser suponerlos, como los supone criados el vers. 28, cuando dice que el hombre los tendría sujetos á su jurisdicción. Y es muy cierto en geología, como luego diremos, que los peces fueron los primeros animales que pacieron en los mares paleozoicos ya en el tercer día; pero en el quinto se festejan las especies más vecinas al estado de perfección. Notemos aquí esta singular conveniencia. Cuando amanezca el día sexto, y el hombre haya empuñado el cetro de su soberanía, entonces Moisés nombrará por primera vez los peces con su vocablo propio, porque los monstruosos *saurios* y los disformes *tanninim* habrán desaparecido de la tierra y de las aguas: fenecida esta fauna gigantesca de la era secundaria, reinarán holgadamente los peces (17), sujetos al servicio del hombre. ¡Maravilloso concierto entre la Biblia y la ciencia! Si, pues, Moisés no recibió inspiración para narrar la formación de los peces, y sólo si para insuñarlos formados, en lo que calló cierto es que no erró, sino que usó de incomparable cautela, digna de toda ponderación. Porque, ¿qué historiador que emprendiera la relación de los reinos naturales habría pasado por alto los peces allí donde parecían tener su lugar, y se contentara con aludir á ellos más adelante, sin decir cuándo ni cómo vinieron al mundo? ¡Prudencia soberana, que en lo humano carece de explicación! Un paleontólogo de nuestra edad, bien informado de la fauna fósil, no hubiera usado otro lenguaje que el que Moisés usó. Poco va, por lo tanto, en que algunos moluscos, zoófitos y peces hayan nacido y aun florecido por su copiosidad antes del día quinto y de la época secundaria. Basta que los monstruos marinos apareciesen por primera vez en este período, para que alcemos la voz enalteciendo el triunfo de la verdad bíblica.

¹ *La Géol. et la rével.*, p. 395.

² *Revue des questions scientifiques*, 1877, p. 82.

³ *l. p.*, q. LXXII.

⁴ *l. p.*, q. LXXI.

ARTÍCULO II.

Segunda cuestión: ¿Qué origen atribuye Moisés á los animales?—En qué sentido puede darse al agua el origen de los animales, como enseñaron los doctores Escolásticos?—Sobre el origen de las aves discurren éstos variamente. — Sentencia razonable. — Número de animales criados por Dios. — ¿Qué significa el *hará* de este día? — La bendición de Dios trajo dos bienes al reino animal.

Si ponemos ahora la consideración en la obra de Dios que en la hechura de estos seres resplandece, que es la segunda cosa que propusimos, hallaremos que en el versículo 20 íntima Dios el mandamiento y promulga la ley, en el 21 testifica la ejecución de ella, en el 22 comunica, juntamente con la bendición, la facultad y orden de propagarse por especies, y, finalmente, en el 23 se resume el principio y término de la obra del quinto día. Mas, ¿qué ley es la que se íntima en el vers. 20: *Dixit autem Deus: producant aquæ reptile animæ viventis, et volatile volat super terram sub firmamento cæli*? Los Escolásticos, que solían consultar la Vulgata para dar salida á sus controversias de escuela, aunque á veces hacían también recurso al texto original ó á los Setenta, puesta la atención en el *producant aquæ*, movían cuestión acerca de la materia de que fueron hechos los peces y las aves. «Dice Moisés que fueron producidos los peces por las aguas, porque en ellos prepondera el agua, no cuanto á la gravedad, sí cuanto á la humedad y frialdad, y por razón del temperamento que es todo áqueo... Los primeros peces fueron producidos inmediatamente por Dios de la sola materia del agua, añadidas las formas y cualidades de los demás elementos.» Todo esto dice el P. Pereira ¹.

Mas ¿qué es lo que dice el original

hebreo, siguiendo el rigor de la letra? «*Pululen las aguas con muchedumbre animada viviente; y vuelen aves por la tierra á lo largo de los cielos.*» Así vierte este vers. 20 L. Wogue en su Pentateuco aprobado y recomendado por los rabinos. Y es así que el verbo (שָׂרָצוּ) *ischretzu*, del verbo (שָׂרָץ) *scharatz*, vale tanto como resbalen, deslicen, arrástranse: ni lo contradice Gesenio, pues añade que á veces la tierra ó el mar se dice que son arrastrados y rozados por reptiles, cuando éstos hormiguean, abundan y se multiplican copiosamente; y confirma su dicho con los lugares del Éxodo ² y del Salmo ³, y aun del mismo Génesis ⁴; y más donde vierte la Vulgata *produxerent aquæ* ⁵, entiende el verbo (רָבַצְתָּ) así: «*Bestie quibus scatent aquæ*», que es estar cuajadas las aguas de redundancia de reptiles. No de otra manera leyó este verso el docto Pagnini, pues le vierte así: «*Reptifcent aquæ reptile animæ viventis, et volatile volat super terram, super facies expansionis colorum*». La paráfrasis caldea trasladó también: «*Movere faciant aquæ reptile animæ viventis, et avis volitet super terram juxta faciem expansi colorum*». Alápide tradujo: «*Ebulliant et scaturiant in magna copia*», denotando la asombrosa propagación que en aquel hervidero de las aguas se efectuaba, y al mismo tiempo la incomparable abundancia de animales que se producían.

Paes luego, en vez de sostener que en la voz de la Vulgata, *Producant aquæ*, son aclamadas las aguas por fabricadoras de estos seres ⁶, debemos entender que únicamente se recomendaba la estancia y el paraje donde salieron á luz. Sin embargo, no quita que

¹ VII, 28.

² CV, 30.

³ VIII, 17; IX, 7.

⁴ Vers. 21.

⁵ HANARD: *Geol. et géol.*, Dr. Molloy, p. 395.

digamos con el P. Pianciani: «Es de creer que estos seres fueron hechos de materia que ocupase estos elementos, los acútiles de agua y de materias contenidas en el agua, ó en el limo y tierra sumida en el fondo; y los terrestres del día sexto de tierra vulgar en que siempre andan mezcladas substancias heterogéneas y compuestas ¹.»

Es aquí digno de consideración el oficio principal que da Moisés á las aguas en todo este capítulo, cual si de ellas dependiese toda la población y constitución del universo. No es tan corta la virtud del agua que sea incapaz de ser sublimada á tanta honra y ennoblecida sobre los demás elementos. En el día de hoy, en que pasa ya por axioma no haber célula que no provenga de otra célula, pesada y examinada la composición química de un globo celular, resulta que el elemento principal es el agua; la cual entra por cuatro quintas partes, y forma una de las condiciones de vitalidad del globo; así lo dice Matias Duval ². Por eso es inestimable maravilla que á la vida ponga la Escritura en el agua su principio; los primeros vivientes que del reino animal nos presenta, en el agua los nombró producidos: y la paleontología, no tan sólo los primeros animales, mas también los primeros vegetales dentro de los mares nos los demuestra formados.

Sobre el origen de las aves reina gran disensión. Porque muchos son los Padres y Doctores que dan igual nacimiento á las aves que á los acuátiles, haciéndolas brotar de las aguas. Los santos Basilio, Ambrosio, Crisóstomo, Jerónimo las quieren procedentes del mar. San Agustín enseña que las aves salieron del agua al estilo de los acuátiles ³, y que se formaron de los vapores más tennes y suspensos en

el aire húmedo. Lo mismo sintieron Ruperto ⁴, santo Tomás ⁵, Suárez ⁶, y toda la escolta de Escolásticos comúnmente; siendo notable la sentencia de Eugubino, que juzgó haber las aves tenido su primer origen del agua elemental, de la que piensa se engendró el aire primitivo ⁷.

No obstante, ya el cardenal Cayetano, Caterino y unos pocos, como arriba se indicó, sustentaron la contraria, opinando que una fuéla materia de que se fabricaron las aves, y otra la de los peces. Puesto caso que la Vulgata y los Setenta leyeron: «*producant las aguas reptiles y volátiles sobre la tierra*», y Onkelos añadió: «*volátiles que vuelan*»; mas ni del original ni de las versiones siríaca y samaritana se saca semejante sentido, sino éste: «*y volátil vuele en la tierra*». Más: ni aun la Vulgata nos necesita al sentido de los Escolásticos, porque el hemistiquio: *et volatile super terram sub firmamento cæli*, puede bien parafrasearse sobreentendiendo el verbo *sea producido*, ó como se toma en el verso siguiente: *Crió Dios cete grandia... et omne volatile secundum genus suum*. Así discurría el P. Fr. Domingo Báñez ⁸, no sin harto fundamento; antes ninguno hay para la contraria interpretación si no es lo material de las voces de la Vulgata, que no dan tanta luz como las del texto original; lo cual reparando el P. Pianciani, dijo con donaire: «No parece conforme á razón hacer oriundas del agua las aves que nada con ella tienen que ver; y hacerlas salir y volar por los aires con las plumas mojadas ⁹.» Esta es la sentencia más acreditada y justa.

¹ *De Trinit.*, l. 1, cap. 1.

² I p., q. lxxi, a. 1.

³ *De qb. sex dier.*, l. II, die v.

⁴ *Psytavo: De qb. sex dier.*, l. 1, cap. xv.—

PEREIRA: *Comment. in Genes.*, l. 1, opus v diei.

⁵ In I p., q. lxxii.

⁶ *Cosmog.*, § lxxv.

¹ *Cosmog.*, § lxxv.

² *Cours de Physiol.*, t. 1, p. 11.

³ *De Genes. ad litter.*, l. III, cap. III.

¹ *Comment. in Genes.*, l. 1, die v.

No será ocioso repetir lo que tantas veces hemos dicho de la doctrina de san Agustín. En la producción de las aves y de los peces se aparta del camino trillado de los Padres griegos y latinos, porque éstos presuponían ambas suertes de animales criados en el acto, y el doctor de Hipona los concebía producidos en potencia y virtud. «No», dice santo Tomás explicando á san Agustín, que el agua ó la tierra poseyese virtud para engendrar estos animales, como soñó Avicena, sino que fué virtud dada á los elementos en la primera creación ¹. De este sentimiento tratando el P. Gregorio de Valencia, por más que le extraña, habla con mucha loa, creyéndole admisible, «ya que el tiempo, añade, tenía que ir desenvolviendo la serie de individuos potencialmente «producidos» ².

Ahora, si Dios crió pocas parejas de animales, para que procreasen y se multiplicasen en las zonas donde hoy la diligente industria de los hombres los desentierra, ó si produjo por junto muchedumbre y manadas de ellas, ni hay por qué negarlo, ni hay bastante razón para afirmarlo, pues que la Biblia calla y la paleontología no acierta á decidir. San Agustín parece sintió que cada especie fué enriquecida con muchas parejas. «¿Acaso», dice, de un caballo hizo Dios todos los caballos? ¿Por ventura no produjo la tierra á una muchos individuos? ¿Y con múltiples fetos no pobló muchos lugares?» ³

Finalmente, merece toda nuestra atención la augusta palabra *bará*, que usa el sagrado escritor en este verso 20 por primera vez después del principio. Parécele al P. Pianciani que «es para significar que el potentísimo Hacedor en la fábrica de los animales no

contento con fraguar los cuerpos de materia criada, organizándola como hizo con las plantas, sobreañadió alguna cosa que no existía, conviene á saber, un principio distinto de la materia, el alma sensitiva criada inmediatamente por el divino poder». Así pensaba este docto varón; aunque no se le ocultaba que podía Moisés llevar el intento de apartar á los suyos del peligro de venerar por dioses los animales, y que para excusarles la ocasión de errar atribuyó al sumo Dios su hechura ⁴. Según esto, el *bará* no nos es aquí razón bastante para tener por verdadera creación la obra del quinto día cuanto á la parte material de los organismos: porque así como de los monstruos marinos dice el hebreo que fueron criados en el agua, de las aves dice que lo fueron en el aire; y tanto el agua como el aire meramente representan el lugar donde vivían los seres producidos. Así lo entiende el P. Patrizzi, añadiendo, conteste con el P. Pianciani, que quien considerare que las almas de los brutos son inmateriales y que debieron salir de la nada, tendrá motivo suficiente para justificar la dignidad del verbo *bará*. Parecida sentencia seguía Suárez, apellidándola cierta y común ⁵, por más que admitiese como corriente la formación del reino animal en el espacio de dos días solares con todo su colmo de especies é individuos. Pero, si queremos aquí pasar de corrida por la índole de los brutos, sólo el fundar Dios un orden de seres nuevo y tan aventajado, y organizarle de materia criada, y comunicarle vida sensitiva y facultad de procrear, viene á ser una cierta manera de *creación*, y obra excelentísima superior á fuerzas naturales, y como tal entra en la jurisdicción del supremo dominio de Dios.

¹ P., q. LXXII.

² De op. sex dier., disp. v, q. III, p. v.

³ Sermo 268.

⁴ Cosmog., § LXXII.

⁵ De Interp. Scrip., l. II, q. 1, a. IV.

⁶ De op. sex dier., l. II, cap. X.

Ciérrese la obra del día quinto con la solemne bendición del Señor, que no se repite en el sexto; porque recayendo sobre todo el reino en común, comprendía cada uno de los órdenes que en adelante vieran á luz. «La bendición de Dios, dice santo Tomás, comunica virtud de multiplicar por vía de generación. Y por eso la que se da á las aves y á los peces que primeramente ocurren, no fué menester que se repitiese, sino que se sobreentiende en los animales terrestres ¹. Para todos los que se habían de engendrar en el transcurso de las edades basta y tiene cumplida eficacia esta primera bendición, como prenda de la divina largueza. En ella se contiene el imperio del supremo Legislador que manda despertar y avivarse en todos los animales el instinto de la conservación y la facultad de perpetuarse según sus especies; que por eso dice santo Tomás: «Los individuos que ahora nacen preexistieron en aquellos seis días, no tanto en razón de la materia de sus cuerpos como en razón de las causas, en los primeros individuos de sus especies ²».

Dos consecuencias se derivan de este augusto beneficio. Primeramente, pues Dios bendijo y mandó á los animales que se propagasen, dotólos de aquellas propiedades que eran necesarias al efecto de la generación y producción de entrambos sexos. Porque al sacar á luz vivientes, mortales y corruptibles los formaba; y sin el mutuo concurso de los dos sexos, ¿cómo hubiera durado la especie? ¿Cómo se hubieran multiplicado los individuos en la tierra y poblado los senos del mar? En el orden actual de cosas un solo sexo es infecundo; convenía, pues, al fin del Criador la formación de los dos ³. Es firme apoyo de esta verdad la máxima de

santo Tomás: «Hizo mención de género y especie para denotar la generación de los vivientes que nacen de sus semejantes ⁴».

La segunda consecuencia que de esta bendición se saca es, que de tal manera concedió el Señor á los animales instinto para conservarse y virtud para procrear, que también con su soberano beneplácito los colmó de felicidad, haciéndolos capaces de sentir su manera de contentamiento y deleite, y de participar una cierta bienhadada vida. Por este motivo, aunque mandó á las plantas crecer, medrar y multiplicarse, no les otorgó el privilegio de su franca bendición. Ingeniosa es la razón que alega santo Tomás: «Las plantas, dice, carecen de todo afecto de propagar procrea, y engendran sin sentido alguno; por eso fueron juzgadas por indignas de las palabras de bendición ⁵». Empero á los brutos convenientes el divino precepto y el precioso favor de su benevolencia; porque, ya que no conocían á Dios, ni obren por lumbré de razón, ni sean capaces de agradecerle tanto regalo; siquiera sienten las leyes de su potencia apetitiva impuestas por la divina providencia, y experimentan los estímulos internos del hambre y sed, el aguijón de los movimientos instintivos, la fuerza de las inclinaciones y apetitos, en orden á llevar á ejecución el mandamiento del Criador.

ARTÍCULO III.

Tercera cuestión: cómo en este día la ciencia y la Biblia se dan la mano.—Testimonios de sabios modernos en prueba de esta concordancia.—Resúolvense algunas dudas sobre la duración de esta época y la existencia de animales antes del día quinto.

ESTA, por último, declarar cómo la Sagrada Escritura, lejos de tener en esta obra palabra que repugne totalmente, cuadra

¹ P., q. LXXII, a. 3.

² Ibid.

³ P., q. LXXII, a. 4.

⁴ P., q. LXXII, a. 3.

⁵ PIANCIANI: Cosmog., § LXXIV.

y contesta con las conclusiones de aquella ciencia que merece nombre de tal. Los geólogos á una certifiación que los animales más sencillos amanecen alojados en los terrenos paleozoicos; que desde los azoicos hasta el cretáceo son todos marinos, acuáticos ó anfibios; que el orden de los trilobites se extiende y corre por el cámbrico, silúrico y devónico; que los más infimos vertebrados ó peces más rudos son los del silúrico superior; que consecutivamente vienen los anfibios, saurios, dinosaurios, reptiles á llenar todo el período de la era secundaria; y que, en fin, las aves cierran el tiempo mesozoico con gran cantidad de especies.

Así lo depone el testimonio de los más egregios autores por boca del geólogo Lapparent¹. Confírmalo la autoridad de Barrande, citado por Augusto Nicolás. «Tocante á las aves, dice, muchas de ellas se criaron en épocas antiquísimas, á causa de tener que vivir de pescados, moluscos y productos marinos; con todo, los restos más viejos que conocemos no ascienden más allá de la época triásica². Otras palabras cita el abate Moigno de este ilustre descubridor de la fauna silúrica, que son estas: «El hecho de la existencia de los animales marinos antes de los terrestres, resulta, sin linaje de duda, de las observaciones geológicas recientes. Largamente lo expuso M. Bronn de Heidelberg en un tratado premiado en 1850 por la Academia de Ciencias de Francia. El animal más antiguo que sabemos respiró sobre la tierra, el *telérpeton elginense*, apenas alcanza á la parte superior del sistema devónico, y es cierto que antes de ese tiempo habían florecido cinco grandes faunas marinas, distintas y variadas, y es dable comprobarlo en toda la sobrehaz de la tierra. Estas

¹ *Traité de Géologie*, 1883, p. 1260.

² *Les Etudes philos.*, t. 1.

cinco faunas sucesivas de tipos marinos, cada vez más perfectos, que precedieron á los destinados á vivir en la tierra, demuestran un plan ordenadísimo, y un dilatado espacio de tiempo transcurrido en su ejecución. Así que la vida animal en los mares es antecedente á la terrestre. Además, el orden seguido por Moisés en su clasificación de animales marinos desde los reptiles, hasta los peces y grandes cetáceos, corresponde justa y tasadamente al orden observado en las capas geológicas³.

No es menos elocuente la voz del claro escritor Hugo Miller. «La segunda edad, dice, tuvo, como la primera, sus yerbas y plantas menos corpulentas y lozanas que la época anterior; mas no constitulan el distintivo principal de la creación secundaria. Poseyó ésta sus corales, crustáceos, moluscos, peces, y aun, en escaso número, sus insignificantes mamíferos. Empero los seres que la califican y diferencian de las creaciones anteriores y posteriores son los grandes reptiles, los monstruos marinos, las aves gigantescas, cuyas huellas vemos impresas en las rocas. Este fué en particular el reinado de los animales ovíparos con alas ó sin ellas. Prodigiosas bestias, parecidas á nuestras ballenas, sin dejar de ser reptiles, ictiosaurios, plesiosaurios, cetiosaurios, debieron de rebullirse en el fondo de las aguas; lagartos y cocodrilos, tales como el telosauo, el megalosauo, el iguanodonte, en talla y magnitud mayores que nuestros elefantes, hubieron de poblar, á millaradas, las riberas y playas mesozoicas. Consta hoy en día que la huella de los pies de ciertas aves de aquel tiempo es doblado ancha que la del caballo ó camello del nuestro. Es, pues, manifiesto que el se-

³ *Les splend. de la foi*, t. II, chap. III.

gundo período de los geólogos fué especialmente período de enormes reptiles marinos y terrestres, y de aves de grande corpulencia¹.

Añadamos el testimonio del evolucionista Huxley. «Existieron, dice, en tiempos remotos, aves que más proporción y semejanza tenían con los reptiles que las de nuestros días; y reptiles que más semblante tenían de aves que los del mundo actual.» Y después añade: «La observación demuestra esta interesante verdad; á saber: que en asomando la era mesozoica se criaron bípedos con patas de ave que andaban en actitud derecha, y eran probablemente reptiles y aves al par². Ya el infatigable Cuvier había descubierto claros indicios de esta conformidad. «Los primeros cuadrúpedos, dice, que en las más antiguas capas he visto, son reptiles de la familia de los lagartos... muchos de ellos parece que vivieron en agua dulce... Después vienen las grandes tortugas... más arriba el ictiosauo, el plesiosauo, el megalosauo, lagartos monstruosos por la figura y grandeza; entre estos cuadrúpedos ovíparos sobresalían los reptiles exclusivamente³.

Estos testimonios confirman cuán perfecta consonancia guarda el texto sagrado con los secretos de la ciencia paleontológica. Claramente abona esta verdad el geólogo Vilanova. «La paleontología nos demuestra, dice, que la vida animal empezó en el globo por seres esencialmente marinos; y aunque Moisés no expresa en el vers. 20 los zoófitos, los moluscos y los crustáceos, que fueron con los peces los primeros seres que vivieron, deben comprenderse indudablemente bajo la denominación de animales que nadan en las aguas. También está demostrado que los reptiles aparecieron des-

¹ *Testimony of the Rocks*, p. 126.

² *Revue des cours scientifiques*, année v, p. 765.

³ *Disc. sur les révol. du globe*.

pués, y que muchos de ellos, como los pterodáctilos, estaban organizados para volar; luego se presentaron las aves, y finalmente los mamíferos y el hombre, últimos seres de la creación, como tan admirablemente dice Moisés⁴. No nos cansaríamos de acumular autoridades, si no sobrasen las dichas en confirmación del estrecho parentesco que reina entre el orden de animales expresado por Moisés y la disposición de los descubrimientos alcanzados en estos últimos tiempos.

Si objetare alguno que fué menester larguísima pieza de años para la producción de estos seres, no seremos nosotros los que pongamos coto á la obra dentro de razonables términos. Cuando Darwin, estribando en los *Principios de Geología* de Carlos Lyell, como queda atrás apuntado⁵, tuvo por cortos 300 millones de años para rodear y dar cabo á la época secundaria, y echar las bases del reino animal, á todos es notorio con qué valentía Ramsay y Huxley daban zumba y cantaleta á la exorbitancia de los geólogos, y con cuánta verdad el experto William Thomson probó, ya por medio de la observación de las temperaturas subterráneas, ya por la forma de la tierra, ya por las condiciones del reino vegetal, que la edad mayor á que puede aspirar la vida del reino animal en el globo no asciende más allá de unas pocas decenas de millones de años⁶, que son los que bastan para explicar la aparición del reino animal en el mundo y la formación del día quinto.

Que esta manera de pensar de los modernos acerca de los largos siglos que se embeben en los días mosaicos, no van tan fuera de camino, por evidente razón nos lo ponen á la vista los mismos Escolásticos, tan atenedos á

⁴ *Comp. de Geol.*, 1872, p. 582.

⁵ *Cap. xxv*.

⁶ *Revue scientifique*, 1870, p. 279.

la servidumbre de los días solares. Porque de los animales híbridos concede Ruperto que, pues se engendran por individuos de diversas especies, no fueron criados en el día quinto¹. Pereira tampoco escrupuliza en que los animalejos sin cuento que nacen por generación espontánea (entendida según la doctrina de aquellos tiempos), no vinieran en el quinto ni el sexto día, sino más adelante; porque en el quinto y sexto solamente fueron engendrados *causaliter* y *potentialiter*; y ocurriendo á una objeción, responde: «No ha de ser llamado perfecto el mundo porque estuviese enriquecido de todas las especies posibles; que hartas especies de plantas y de animales han existido en diversas edades y existen aun hoy en día².» El Doctor Eximio consiente de buena gana que los animales imperfectos no fueron hechos inmediatamente por Dios ni en el discurso de estos dos días: la causa que da es digna de atención; «porque semejantes vivientes imperfectos no son requeridos por sí para la perfección del universo, como quienes *per accidens* nacen y se engendran del concurso de causas varias³.» Finalmente, otra razón apunta este teólogo, muy á propósito para nuestro intento, y es que los animales pequeños podría decirse fueron criados juntamente con los grandes por causa de tener que servirles á ellos de mantenimiento.

Nivelando ahora el discurso con el peso de estas razones, bien se ve que los doctores Escolásticos no creyeron saltar la valla ni salirse de los términos del Génesis, con admitir creación de muchos vegetales y animales fuera del trecho de los días quinto y sexto. Pues luego tampoco será absurdo ni contra el espíritu de la letra, poner géneros enteros, y hasta órdenes de

¹ De Trinit., l. 1, esp. LVII.

² Comment. in Genes., lib. 1, die quinto.

³ De op. sex dier., l. XI, cap. X.

animales, producidos antes del día quinto en épocas anteriores. Muy conforme á la doctrina de san Agustín es el tal razonamiento; ni el mismo Suárez, gran defensor de la acción natural de las causas segundas¹, dista mucho de esta conclusión; de arte que, aunque se demuestre por los geólogos que de estas clases no pocas especies vivían ya antes del día quinto, ningún argumento se concluye contra la Biblia, la cual, callando, deja á obscuras la formación de ellas, contentándose con describir la de los géneros conocidos y visibles. Más: por el hecho de repartir en cuatro órdenes las producciones de los dos últimos días, y de comprender en el quinto animales de agua y de aire, y en el sexto reptiles y mamíferos, es muy suficiente admitir que antes del día quinto tuvieron ser las clases que debajo de estos nombres no se encierran, y que Moisés no tuvo á bien describir. Más: hay quienes se atreven á sustentar que el reino animal comenzó á ser juntamente con el vegetal; ningún inconveniente ni linaje de argumento contra la Escritura sería concederles á dichos autores, por cuyo sentir no pasamos nosotros, que al tiempo de parecer en las aguas los más toscos vegetales amanecían las especies infimas del reino animal, protozoarios, zoófitos, radiados, etc., como quiera que todas las observaciones concurren á demostrar que la vida empezó á manifestarse en las clases más sencillas, yendo en aumento al compás de los siglos.

Finalmente, quienquiera que llegase á probar que algunas especies de espongiarios ó rizópodos tomaron la delantera á las mismas algas ó á las primeras yerbas marinas, no desvirtuaría un punto la verdad bíblica: porque Moisés no trazó la historia de

¹ L. c., cap. X.

todo el reino en particular, sino en común y en sus partes más principales y notorias. Siempre será constante que en el tercer día crió Dios el reino vegetal, en el quinto el animal de volátiles y nadadores, en el sexto de reptiles y cuadrúpedos perfectos¹. Si, pues, alguna especie ó género de animales menos nobles se rastrea en terrenos paleozoicos, nacidos en el cuarto, tercero, y aun en el segundo día, su presencia irrecusable ni hace ni deshace para que en el quinto viese la luz y en el sexto acabase de nacer la turba de los vertebrados en su mayor y más excelente porción. Los ganoides fueron los primeros peces aparecidos en el devónico, en toda la era primaria señalábase otros muchos géneros de peces, en el carbonífero se ostentan los saurios anfibios, en el pérmico los batracios y paleoniscos, todas estas suertes de animales no caben derecha y expresamente en los versículos del Génesis cuanto á la obra del día quinto; ellas tan solamente acreditan y recomiendan los animales mayores y más extraordinarios que en el agua suelen tener su morada, y que antes de la era mesozoica apenas dieron muestra de sí.

Tal es el sentir de los escritores católicos que han tratado más de asiento la materia en estos últimos años. Siendo catedrático de Geología en el Seminario conciliar de Barcelona, Don Jaime Almera, en su obra *Cosmogonía y Geología*, decía en la pág. 433 estas palabras: «Ahora bien, añadimos nosotros; los peces y otros animales acuáticos vienen antes que las aves, que, según la creencia común, pertenecen al quinto día; luego los peces fueron creados antes del quinto día. Y á más de esto, la palabra que en hebreo significa peces (*daghim*), según los hebraizantes, no está usada en es-

¹ P. PIANCIANI: *Cosmog.*, § LXVIII.

tos versículos, sino sólo en los versículos 26 y 28, como ya indicamos. Por lo demás, no resulta de esto con flicto alguno entre la Biblia y la ciencia que dificulte el acuerdo, aunque ésta diga que la era secundaria, que corresponde probablemente al quinto día, sea por excelencia la época de los grandes reptiles; antes bien, resulta más palpable el acuerdo entre la ciencia y el sagrado texto; pues de los reptiles, científicamente hablando, los que abundan en los terrenos secundarios son los quelonios (tortugas), los saurios (lagartos), los batracios (ranas, sapos), todos los animales acuáticos, ó, á lo menos, que frecuentaban mucho las aguas.²

El sabio Juan D'Estienne, en el folleto que lleva por título: *¿Cómo se formó el universo?*, publicado en la *Revista de las cuestiones científicas*, dice así: «Es mucha verdad que los peces primeros parecieron en la edad silúrica, juntamente con los primeros zoófitos, con los primeros moluscos, con los primeros crustáceos, con los primeros fucus y primeras algas. Mas tampoco es menos cierto que en la época secundaria se vieron nuevas familias de peces más parecidas á las actuales; y en particular igualmente verdad es que Moisés en ninguna parte habla de peces, á lo menos con especialidad, en la narración de la obra del día quinto. Antes, por el contrario, parece que hace caso omiso de aquellas especies, vegetales y animales, que viven exclusivamente dentro del agua y no salen á la superficie. Debíó de callarlas en la enumeración de las creaciones sucesivas; y el silencio no implica negación. El haber callado alguna verdad no es haber errado en las que dijo³.»

Es también de peso la autoridad del doctor en teología Jerardo Molloy, sa-

² 1877, p. 81.

bio digno de todo respeto: en su *Geología y Revelación*, cap. XXI, dice así: «Leemos que los reptiles, peces y aves fueron criados el día quinto. Pero nada hay en el lenguaje del escritor inspirado que nos mande creer, que estas varias clases de animales no estuvieron antes de ese día representadas por especies varias, dado que probablemente en este día quinto crecieron en número y grandeza extraordinaria, hasta ser el objeto más importante de la creación... Supongamos que hayan existido en el primero y segundo día las formas humildes de zoófitos, grafitolitos y trilobites, ¿qué mucho que el escritor sagrado las echase por alto, guiado por el Espíritu Santo, y se limite a referir las cosas más sensibles y notables?... En este presupuesto, conceder que las plantas existieron antes del tercero día, y los peces antes del quinto, no deroga á la verdad bíblica.»

ARTÍCULO IV.

Aunque ni la Biblia ni la ciencia resuelvan cuál de los dos reinos fué primero, parece que el animal sucedió al vegetal. —Las especies infimas fueron las primeras. —La vida animal tuvo principio en los mares.

VINIENDO ahora á tratar la cuestión que tocamos arriba ¹, cuál de los dos reinos fué primero en el mundo terráqueo, no parece dudable que el animal sucedió al vegetal. La Biblia no resuelve seguramente la duda. Aunque Moisés ponga en primer término las plantas, bien puede entenderse que habla del reino vegetal por mayor, y no de sus particulares é infimos individuos; otro tanto debemos pensar del reino animal, que vino, según él, más adelante, en pos de las plantas; pero como omite la mención de las inferiores clases y sólo conme-

¹ Cap. XXII.

mora los más señalados tipos, de ahí que no hay para qué llevar adelante la resolución de esta disputa fundándonos en la Escritura.

Ni es la ciencia más capaz de definición. Porque no faltan graves autores que crean ambos reinos coetáneos y simultáneamente formados. «Esta proposición, dice el P. Pianciani, el reino animal es anterior al vegetal, es absurda, pues que las plantas acuáticas han de ser siquiera contemporáneas á los animales acuáticos, así como las plantas terrestres á los animales terrestres. No es cosa averiguada, puesto que sea verosímil, que las plantas marinas anteciesen á las terrestres, ni está demostrado tampoco que éstas fuesen posteriores á los animales marinos inferiores, ni faltan razones probables en favor del contrario aserto. No es tampoco verosímil que los vertebrados sean de fecha anterior, ni contemporáneos de las plantas de la tierra. Á lo más, podríamos admitir que fueron coetáneas y antecedentes á los otros seres de entrambos reinos las plantas infimas, algas, etc., y las infimas especies de animales, zoófitos, rayados, pólipos, etc., que por su figura y condición tienen más semejanza con las plantas que con los animales, y por vegetales pasaron entre los antiguos naturalistas ².» No se aparta mucho de este sentimiento el Dr. Reusch, cuando dice: «En el tiempo que existían las plantas y los animales acuáticos se formaron las capas más antiguas del período paleozoico; por eso descúbrense en ellas vegetales y animales fósiles. Estas capas son exclusivamente marinas, y entre los organismos de los continentes las plantas son las que figuran primero. Luego las plantas marinas pudieron ser antes que los animales marinos, y las plantas terrestres antes que los animales

² La *Civiltà cattolica*, ser. IV, vol. II, p. 307.

terrestres. También podríamos decir que las plantas terrestres fueron criadas antes que los animales acuáticos más antiguos, y que existieron en el continente interin se fraguaban en el fondo del mar las más antiguas capas silúricas ³. Ni es menos respetable el dictamen del sabio Humboldt, que dice: «De ciertas teorías *a priori* sobre las formas primitivas de los seres organizados, han pretendido algunos concluir que la vida vegetal fué anterior á la animal, como si ésta presupusiese aquélla forzosamente; mas parece no hay motivo para tal consecuencia ⁴.» Lo único que de estas sentencias se infiere es que los vivientes se dejaron ver en el mundo en razón inversa de la complicación de su estructura, como Marcelo de Serres ⁵ lo había reparado, y que por consiguiente el reino de los animales no fué primero que el de los vegetales.

Enfrente de estos autores se levantan otros de no menor valía, que defienden la creación anterior del reino vegetal. Tales son Ebrard, Pfaff, Dumas, Béchamp, Contejean, Dawson, Grad, Schimper, Miller, Bischof, Briart; aun Müller y Burmeister pretenden que ningún animal pudo haberse anticipado á los vegetales, dado que su nacimiento podía haber tenido lugar luego al punto. Este que parece el dictamen más ajustado á razón, explica bien el orden de los organismos. Porque la producción de los primeros animales hizo dentro de las aguas, como está declarado y lo insinúa el Génesis; en las aguas también nacieron las primeras plantas, conforme dijimos antes; y pues á éstas alcanzan aquellos seguidamente, y se zanjaron en este intermedio los terrenos cámbricos, resulta que en esta primera formación fosilífera era de esperar

que se mostrasen, y efectivamente se muestran, vegetales y por su orden animales, como quienes se habían ido más de cerca á los alcances.

Además, es un hecho testificado por todos los geólogos que en los estratos de los más hondos pisos hanse visto restos de vegetal sin memoria de animal. No se nos pase, con todo eso, que los animales más infimos podían haber perecido por enteró sin dejar huella de su existencia, pues probablemente ignoraremos por siempre qué género de animales vinieron primero á luz. La causa que algunos han dado en defensa de la anterioridad de las plantas, para que de ellas se alimentasen los animales, persuade que á lo sumo fueron criados á la vez; mas no convence precedencia. La exposición más sencilla es que los días del Génesis, como va dicho arriba, no representan el principio ni todo el transcurso de las obras, sino la manifestación esplendorosa y más notable de cada formación. «El tercer día, dice Foville, denota el apogeo de la vegetación; y ésta no excluye anteriores germinaciones, ni desarrollos posteriores ⁶.» Por eso al señalar Moisés la aparición de las plantas no niega la existencia de ciertos animales; así como cuando pregona el reino de los animales tampoco excluye que se continuasen nuevas especies de plantas. Así, creemos que sería exacta la palabra bíblica, aun cuando colocásemos en una época un orden de seres que hubiesen comenzado á existir en otra anterior y acabasen de florecer más adelante, con tal que en la época indicada por Moisés hubiese tenido lugar su más solemne aparición.

No es para echado en olvido que la ley de los animales, intimada por Moisés en el día quinto, abraza solamente cuatro clases de vertebrados. Sí, pues,

¹ La *Bible et la nature*, xx.

² *Cosmos*, vol. I, p. 293.

³ De la *Cosmog.*, p. 131.

⁴ *Revue des quest. scientif.*, 1883, p. 136.

la atmósfera abastada de ácido carbónico era de perjuicio á la vida de los que respiran aire libre, si hay animales que se alimenten de vegetales ni hayan menester aire puro para subsistir; suponerlos formados en el día tercero, juntamente con los vegetales, no es condenar á Moisés de engaño ó de error: que así como no rebaja su autoridad el que algunas plantas naciesen el día quinto, con haberse promulgado en el tercero la ley general, ni cometiéra yerro porque en el sexto veamos peces y aves; tampoco sería falsedad si antes del quinto hubiesen vivido especies animales no pertenecientes á los cuatro órdenes de vertebrados que el Génesis conmemora.

Es verdad que en el vers. 21 úsase la palabra *todo* (55, col) hablando de las aves y reptiles; mas nadie ignora ser común en las Escrituras usurpar esa voz en sentido de *mucho*, y no siempre de *todo* absoluto. Santo Tomás enseña que los animales nacidos de putrefacción no se produjeron el día quinto, sino es *virtualmente*¹; Pedro Lombardo² y san Buenaventura³ dicen que se produjeron *en semilla*; Alápide⁴ resuelve que los ratones, pulgas, gusanos y otras sabandijas no se criaron el día sexto, porque fuera contra la felicidad de aquel primer estado del hombre: si estos claros Doctores no vieron razón para que tantos animales fuesen producidos dentro de los términos de los seis días, ¿qué razón habrá que obligue á negar que algunos de menor monta acelerasen la existencia con mucha antelación y se diesen prisa á vivir antes de publicar-

¹ I p., q. LXXII.

² Lib. II Sent., dist. XV.

³ In II Sent., dist. XV, q. 3.

⁴ In cap. I Genes.

se la ley de la creación de los mayores y más perfectos? En conclusión, diremos que ni la ciencia ni la fe convienen ni repugnan en que los primeros vegetales y los primeros animales naciesen á un tiempo mismo; pero siempre será verdad que las plantas marinas no fueron después que los animales terrestres, según la ciencia y la Biblia.

Que la vida animal diése principio en los mares, no tiene lugar á duda para quien pone los ojos en las palabras de los paleontólogos, que primero celebran los acuáticos que los terrestres. «Uno de los más notables y significantes hechos que resultan de la reseña que vamos á hacer, dice Briart, es el haber sido marinos totalmente los primeros seres del reino animal, y el componerse la fauna primitiva de vivientes que respiraron por medio de branquias aire disuelto en el agua. Solamente á fines de este período apuntan los primeros animales de respiración pulmonar, ofreciéndose el espectáculo de la vida brotando del seno de las aguas.» Por eso este período hubo de ser de larguísima duración. En su discurso acacieron catástrofes parciales, que, deformando la superficie del globo y revolviendo las acogidas de las aguas, y trocando la cavidad de los senos, acabaron con la vida de muchos individuos, echaron á pique no pocas especies, consumieron gran parte de la vegetación, dejando enterrados sus restos y preparando nuevas viviendas á la fauna vertebrada y mamífera. Entretanto, no cesaban de pulular en los mares nuevas suertes de animales en cambio de los que, dejando la vida, se extrañaban para siempre del reino.

¹ Princip. de Paleont., chap. IV, § II.



CAPÍTULO XXXII.

LA VIDA SENSITIVA.

«Reptile animæ viventi... omnem animam viventem atque motabilem.» (V. 20.)

ARTÍCULO I.

El imperio orgánico de los modernos borra la diferencia de los reinos vegetal y animal. — Asíntase la excelencia de éste sobre aquél. — Funciones comunes á entrambos reinos. — Diferencias accidentales. — Organismos microscópicos. — Novedad de los monistas.

QUIENQUIERA que, contemplando la turba de los vivientes, ponga en parangón con animales mamíferos árboles cualesquiera, lo primero que á su pensamiento ocurra será la diferencia capital que á estos reinos distingue, notando, por ejemplo, cuánto va de un león á un pino, y las pocas y lejanas notas que tienen comunes entre sí. De las consideraciones abstractas y de las observaciones particulares que filósofos y naturalistas han hecho en esos dos órdenes de seres han nacido opiniones opuestas, pugnando unos por encarecer sin tasa la diferencia, y porfiando otros en borrarla y desvanecerla del todo. Mas, vistas las cosas de cerca, ¿cuál es el límite real que comprende á cada reino, y hace la raya que le excluya del resto del imperio organizado? ¿Cuáles son las propiedades esenciales que definen la vida animal? Porque en nuestros días se está poniendo en planta una industria, con voz de reforma, que tiene por blanco

referir á un solo imperio orgánico los hasta el presente nombrados reinos vegetal y animal. En esta empresa, acometida en son de realizar el encadenamiento universal que corre entre árboles y brutos, cual si éstos fueran sólo continuados eslabones de aquéllos, mientras llevan los neo-sabios puesta la mira en hacer que resplandezca la unidad de plan del supremo Artífice, mucho se esfuerzan en disminuir, y aun tiran á desterrar la hermosa variedad que tan noblemente atavía las obras de la creación.

Unánime fué desde la más remota antigüedad esta sentencia de los sabios: los minerales crecen; los vegetales crecen y viven; los animales crecen, viven y sienten; los hombres crecen, viven, sienten y piensan; intentando en la compendiosa substancia de tales calificativos cifrar la indole característica de cada uno de dichos reinos. Contra esta división, autorizada por la fama de los antiguos, se levantó en nuestros días el por tantos títulos celebrado Claudio Bernard, tanteando hacernos ver cómo la desigualdad entre vegetales y animales más bien es de apariencia que esencial y efectiva. Trajo á su opinión la de no pocos modernos. Pero si por autoridad va, la diferencia esencial defendieron Linneo, Cuvier, Lamarck,